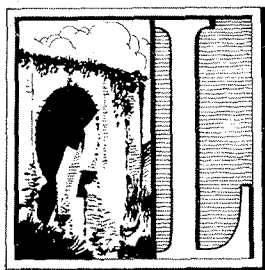


LA ARQUITECTURA MILITAR HISPANOMUSULMANA

CERCAS DE CIUDADES Y CASTILLOS

Por LEOPOLDO TORRES BALBAS



Las construcciones militares medievales de nuestra patria apenas si han sido estudiadas con criterio científico.

Abundan, en cambio, las páginas literarias que a ellas aluden, sobre todo las consagradas a los castillos. A ese olvido de la historiografía artística contribuyeron su lógica desnudez decorativa, propia de obras esencialmente utilitarias, poco atractivas por ello para muchas gentes, y el emplazamiento de casi todas en lugares apartados y de no cómodo acceso.

Fatal destino el de estas fortalezas medievales, abandonadas desde hace siglos, sin posible utilización en el momento presente. Tan sólo una sociedad rica y culta sería capaz de sostenerlas y conservarlas. Los habitantes de las ciudades llegadas a nuestros días con su cerca, parcial o totalmente, en pie, y sus ayuntamientos, suelen juzgarlas estorbos, no sólo inútiles, sino también perjudiciales, y ponen casi siempre empeño decidido en su derribo. Antes se las consideraba como emblemas vergonzosos de opresión, y todas las revoluciones tuvieron a gala destruirlas. Algunas murallas, como ocurrió con las de Valencia del siglo xiv, se demolieron entre el entusiasmo popular; su caída fué celebrada con festejos. Hoy perecen por el deseo, bárbaro e infantil, de poner las ciudades a la moda, dotándolas de grandes avenidas y plazas anchurosas. Mal gusto y falta de sentido tradicional, incultura en una palabra, terminan con esas huellas de nuestra historia, cada día que pasa más disminuídas.

Los castillos, cuando no sirven de cómoda cantera, abandonados, desaparecen lentamente, y acabarán por borrarse del paisaje español, que tan pintorescamente completaban.

* * *

de las ciudades hispanomusulmanas. A mediados del siglo xii, el geógrafo árabe Al-Idrisi cita dos del sudoeste de la Península desprovistas de murallas, sin cerramiento alguno: Saltés, en una pequeña isla, cerca de Huelva, despoblada desde hace siglos, y Santarem, en Portugal. Los monarcas de los reinos cristianos, después de la conquista de Toledo en 1085 por Alfonso VI, asegurada la línea militar del Tajo, hacían periódicas incursiones en primavera y verano por el territorio musulmán, llegando hasta las costas andaluzas. Asolaban campos, aldeas, almunias y alquerías; pero, lejos de sus dominios, en país enemigo, sin máquinas para abrir brecha en las sólidas murallas ni fácil avituallamiento para mantener el cerco, no podían adueñarse de las ciudades. Protegidos por fuertes muros, sus vecinos veían pasar las tropas enemigas sin más consecuencia que la devastación de los contornos. Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, emprendió una audacísima campaña en 1125-1126, en la que recorrió impunemente gran parte de Levante y Andalucía. Su permanencia excepcional durante varios meses en esas comarcas enemigas se explica por el auxilio que le prestaron los abundantes mozárabes que en ellas habitaban, pobladores casi únicos de muchas aldeas. Pero no pudo apoderarse de ciudad alguna.

También fué hecho insólito el de la efímera conquista de Almería por Alfonso VII—1147 a 1157—, lugar tan apartado de las fronteras de Castilla. La logró por la ayuda prestada por algún reyezuelo hispanomusulmán—era el momento de la desintegración del

Imperio africano de los almorávides—y la colaboración de naves catalanas, genovesas y pisanas.

Constructores los romanos para la eternidad, las murallas que levantaron en algunas ciudades de la Península Ibérica—Carmona, Zaragoza, Toledo, Coria y Cáceres, entre ellas—, restauradas y recrecidas, aún sirvieron para su defensa en época islámica.

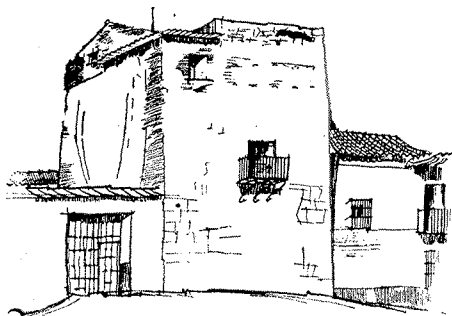
Las cercas de las villas protegían eficazmente a sus pobladores contra los asaltos de los enemigos de fuera; pero, al mismo tiempo, favorecían el brote de rebeldías locales contra el Poder central, siempre prontas a desarrollarse en suelo hispánico. Abd al-Rahman III, el gran califa cordobés, al ir sujetando en el siglo x, en penosa pero triunfante labor unificadora, la España musulmana, mandó derribar las murallas de varias ciudades, entre otras las de Toledo, Sevilla y Ecija; al quedar abiertas, evitaba posibles veleidades de insurrección de sus vecinos.

A principios del siglo xi, la caída del califato y la fragmentación consiguiente de la España islámica en pequeños reinos, minúsculos algunos, obligó a restablecer las cercas demolidas y a reparar las antiguas subsistentes para proteger las villas contra los musulmanes de otros bandos y comarcas y, a la vez, contra las expediciones de los cristianos del Norte, beneficiarios de la atomización del Al-Andalus.

En la época de los reinos de taifas, en el siglo x, se levantaron las murallas de la alcazaba de Granada, las de Almería, parte de las cuales subsisten, y las de Mallorca, derribadas en el siglo pasado.

El representante en España del monarca almorávide Ali Ibn Yusuf implantó en el año 1125—el de la expedición de Alfonso el Batallador—un impuesto llamado *ta'tib*, cuyo importe se destinó a reconstruir o rehacer las murallas de las ciudades principales. Entonces se cercaron el gran arrabal oriental de Córdoba, la Ajarquia; la ciudad de Sevilla, y, probablemente, entre otras, las de Ecija, Jerez de la Frontera y Niebla.

Conquistadas por Fernando III Córdoba (1236) y Sevilla (1248) y por Jai-



Torre de Gambia la Grande (Granada).
(Dibujo de Cruz López Muller.)

Una fuerte y alta cerca torreada protegía casi siempre el recinto urbano



Tarifa (Cádiz). Castillo islámico, y delante, torre albarrana poligonal.

me I Valencia (1238) y Murcia, los moriscos granadinos tuvieron que reforzar las fortificaciones fronterizas y construir otras nuevas.

* * *

Algunas de las cercas eran de piedra, como las de Tortosa, Algeciras, Huelva, Huesca, Toledo, Vascos (ciudad desaparecida, cerca de Puente del Arzobispo) y Madinat-al-Zahra, la urbe regia, fundada por Abd al-Rahman I a dos leguas de Córdoba. Con el mismo material se levantaron en el siglo x el castillo de Gormaz, sobre el Duero; las murallas de San Esteban de Gormaz, de las que subsisten muy escasos restos; las que rodeaban Zorita de los Canes y su alcazaba, y las de Talavera, a juzgar por un torreón de ángulo, aún visible. Para la cerca de la alcazaba de Mérida, llamada más tarde el Conventual, construida en el siglo ix, empleáronse sillares romanos de granito, lo mismo que se hizo en Toledo algún tiempo después.

De adobe y tapial eran las murallas de Badajoz, levantadas en el siglo ix. De tapias, como tantas otras, se hicieron las de Almería en la primera mitad del siglo xi, y un siglo después las tenían de tierra Tarifa y Azuaga. La construcción de fortificaciones de sillera y sillarejo terminó con el califato. Era una edificación cara y lujosa, y en adelante los materiales empleados fueron la mampostería y la argamasa, casi siempre dispuestas en tapias. Las puertas se hacían de ladrillo; bajo los dos grandes Imperios almorávide y almohade, la sillera tan sólo se empleó en el frenteado de algunos arcos de puertas, lo mismo que en el siglo xiv en varias de Granada.

* * *

El arte militar alcanzó notable avance y desarrollo en el Imperio bizantino, cuyos arquitectos castrenses recogieron enseñanzas orientales. En fecha temprana, antes de la invasión islámica, Ceuta, y probablemente Málaga bajo los imperiales, tuvieron fortificaciones de tipo muy avanzado respecto a las del occidente cristiano.

Fué muy lenta la introducción en éste de los grandes progresos del arte bizantino de la fortificación. En Francia empezaron a aparecer después de la primera cruzada, es decir, en los últimos años del siglo xi. Es probable que también llegaran al vecino país desde la España islámica, llevadas por los guerreros francos que a ella acudieron a las campañas contra los musulmanes, singularmente a las conquistas del valle medio del Ebro. Entre esas disposiciones figuran: el foso protector del recinto murado, el antemuro o barbacana, la puerta en recodo y las torres albarranas.

* * *

Se ha dicho erradamente que las fortificaciones hispanomusulmanas carecían de foso. Las condiciones del terreno, la aridez y falta de aguas en muchos lugares impedían su excavación, pero donde fué posible no dejó de hacerse, desviando corrientes de agua para su mayor eficacia. En Badajoz se llenó el foso con las aguas del arroyo Rivillas; en Lucena, en Valencia y probablemente también en Murcia, fueron las aguas de algunas acequias las encauzadas en las cárcavas.

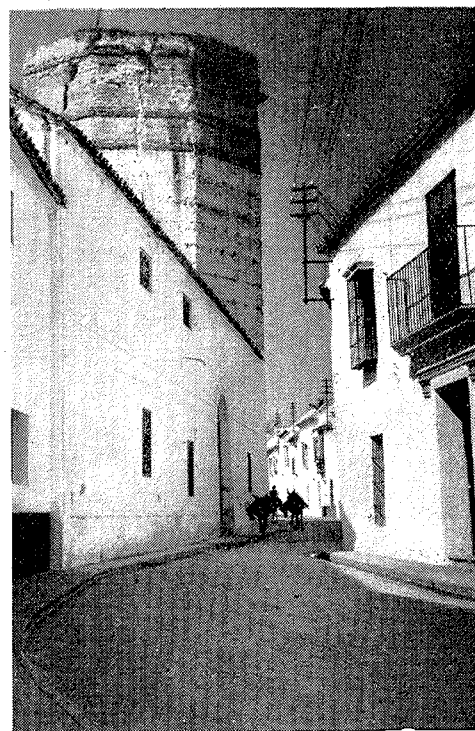
Tras el foso disponíase, según el sistema bizantino, un antemural o muro bajo que rodeaba todo el recinto. En Francia no alcanzó nunca la extensión que en nuestra Península.

Ese antemural o barbacana ha desaparecido de casi todas las cercas. Tan sólo en muy contados casos se conserva. En Sevilla queda un fragmento entre las puertas de Córdoba y Macarena; mayor es el subsistente en la alcazaba de Badajoz; crónicas y documentos antiguos acreditan su existencia en casi todas las ciudades muradas, aunque carecieran de foso. La barbacana impedía la aproximación del enemigo al muro principal, en el que la técnica de conquistas de fortalezas de la época procuraba abrir brecha por medio de máquinas y otros ingenios.

El antemuro seguía el trazado de torres y murallas, permitiendo la circulación de los defensores a cubierto. Frente a cada puerta abríase otra en aquél, siempre de menor importancia militar.

* * *

Llamábanse torres albarranas, con nombre derivado de una palabra árabe cuyo significado es "exterior",



Ecija (Sevilla). Torre albarrana.

"de fuera", a las situadas fuera del recinto murado principal; su objeto era conseguir un buen flanco de él. En la España musulmana alcanzaron gran difusión y desarrollo a partir de la época almohade—segunda mitad del siglo xii—. Desde ella pasaron a la cristiana, pero apenas trascendieron al otro lado de los Pirineos.

La torre albarrana algunas veces era única y se emplazaba en un ángulo de la fortaleza o en su lugar más débil. Con frecuencia eran así las de toda la cerca o de uno de sus lienzos, como en los recintos de Cáceres y Badajoz, ambos almohades, o en el occidental de Granada, en la parte llana de la ciudad, inmediata a la vega, en un lienzo levantado probablemente en el siglo xiv y que conocemos por una representación gráfica, copia hecha en el xvi de otra anterior.

En ocasiones, como en Almería, la cerca se reforzó, siglos después de construída, con algunas torres exteriores.

Casi siempre la torre albarrana uníase al adarve de la muralla por un muro. En su parte baja se dejaba un arco de paso para la circulación de los defensores, según puede verse en Cáceres, desde fecha reciente, por el derribo de una casa adosada a la torre exterior del Horno. Ese paso permitía levantar la barbacana entre torre y torre, ahorrándose su rodeo.

Torre albarrana es la famosa del Oro, de Sevilla, construída en 1220-21 para proteger la ciudad contra los asaltos de los enemigos que llegasen embarcados por el Guadalquivir. Impedíase el paso de los navíos por medio de gruesa cadena, sujeta por uno de sus extremos en la citada torre y por el otro en la orilla derecha, en un fuerte machón de argamasa. Un adar-

ve situado en lo alto de un largo muro, en el que se abrieron pasos por orden de los Reyes Católicos, unía la Torre del Oro al recinto del Alcázar.

Una torre saliente del recinto musulmán de Ecija aún se sigue llamando albarrana. Y en la fortaleza mala-gueña de Gibralfaro hay otra, muy avanzada, la Torre Blanca, que también lo es.

Convencidos de su eficacia defensiva, los cristianos peninsulares emplearon las torres exteriores en muchas de las fortalezas construidas del siglo XIII al XV, sobre todo en el valle del Tajo. Una torre albarrana pentagonal hay en el castillo de Alburquerque, levantado en 1276. Por la misma época se construirían las del recinto de Talavera de la Reina—dieciséis lo reforzaban al finalizar la Edad Media—y las que refuerzan los muros islámicos del conventual de Mérida, unidas todas por un arco que comunica su adarve con el general de la ciudad. Las torres albarranas de la alcazaba de Trujillo están, en cambio, aisladas; un tablero de madera, a modo de puente levadizo, que se podía retirar en caso de peligro, servía para su comunicación con el resto de la fortaleza. Así la torre podía mantenerse aun después de la pérdida de aquella.

* * *

La puerta militar, de ciudad o casti-
llo, en recodo, procede también de la fortificación bizantina. En las fortalezas del norte de África de los siglos V y VI abundan los ingresos abiertos en el costado de una torre, defendidos por ésta y el lienzo de muro inmediato, y dispuestos de tal manera que el asaltante presentaba siempre su costado derecho descubierto—el escudo protegía el izquierdo—, como aconseja Vitruvio; una segunda puerta, cuyo eje era perpendicular al de la primera, daba paso al interior del recinto. La misma disposición se encuentra en puertas sirias, por ejemplo, en Damasco y en la fortaleza de Angora, levantada esta última en la primera mitad del siglo IX. Más tarde, la repiten las fortalezas de los cruzados en el cercano Oriente.

En la parte de la cerca del recinto de Granada, levantada a fines del siglo XI bajo los reyes de taifas, hay dos puertas con ingreso acodado, abiertas en el interior de sendas torres la Nueva o de los Pesos y la Monaita; esta última tuvo patio interior. Subsisten varias puertas en recodo en la cerca de Niebla, y así eran algunas de las de Sevilla; las dos se levantaron en la primera mitad del siglo XII, bajo el dominio almorávide.

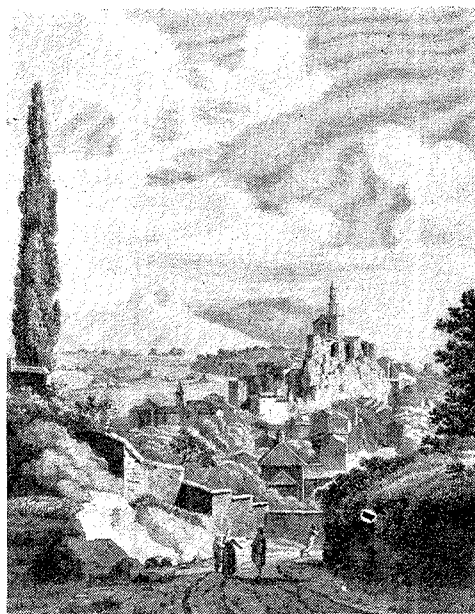
De la posterior época almohade se conservan dos en recodo, ingreso a la alcazaba de Badajoz. La de la Justicia, en la Alhambra de Granada, y la de entrada a Moclin—una de las llaves de la vega granadina—acreditan que el



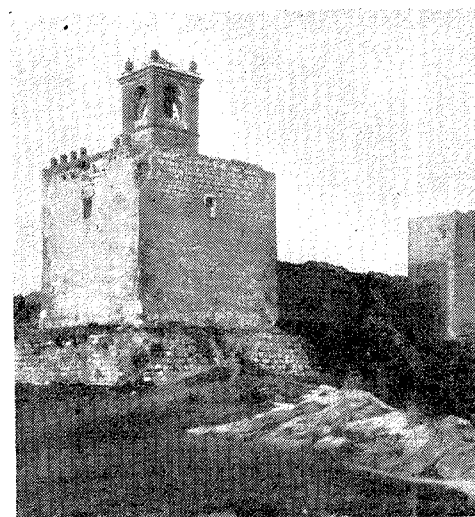
ingreso acodado aún estaba vigente en el siglo XIV.

* * *

Bajo las dinastías almorávide y almohade, la España musulmana y el Magrib estuvieron unidos y goberna-



Loja (Granada). La ciudad y la Alcazaba, según un grabado de comienzos del siglo XIX.



Antequera (Málaga). Alcazaba.

dos por los mismos soberanos. La influencia cultural andaluza se difundió por las partes central y de oriente de esa comarca norteafricana, de vida mucho más rural que la ibérica. En ella se encuentran las disposiciones defensivas enumeradas, pero menos desarrolladas y más escasas en número.

Una barbacana protege la parte más accesible de la fortaleza de Amergo. Para conquistar Gafsa en 1159, los almohades tuvieron que rellenar el foso defensivo de la ciudad, lo que les permitió apoderarse del antemuro o barbacana (*sitara*). Fosos protegían también las fortificaciones africanas de Taza, Debdu y Azemmur. En diferentes lugares del recinto murado de la primera ciudad, capital provisional de Abd-al-Mumin, construido en 1135, se ven restos de barbacana, a veces próximos y de mucha menor altura que el muro principal; otras, más alejados y de la misma elevación que éste. En el recinto de *Fez al-yadid* también existen vestigios de barbacana, así como delante de una de las puertas rectas y de la *Bab al-yadid*—la Puerta Nueva—del *ribat* de Tit, construido a mediados del siglo XII a orillas del Atlántico.

En el Magrib tan sólo se cita un ejemplo de torre albarrana, en Safí; probablemente es obra portuguesa. Doble recodo tiene la puerta, abierta en una torre de Tasgimut, probablemente por un andaluz. Poco después, los almohades generalizaron este sistema de ingreso edificando algunas monumentales, como la *Bab Agnau* (1147-1163), en Marrakus, y las *Bab al-Ruwah* y de la alcazaba de los Udaya (1184-1198), en Rabat. Abiertas por grandes arcos y ricamente decoradas, son, a más de ingresos a recintos fortificados, arcos triunfales levantados en honor de la dinastía.

* * *

Caso curioso es el de la fortaleza de Amergo, la más importante construida por los almorávides en Marruecos, a la que acaba de consagrar un excelente estudio Henri Terrasse en las páginas del *Al-Andalus*. Parece haber sido levantada por las milicias cristianas de esa dinastía, a cuyo frente estaba Reverter. Algunas de sus características corresponden a las de las fortalezas hispanomusulmanas contemporáneas, pero otras son insólitas en la arquitectura militar del occidente musulmán. Entre ellas, la más importante es el empleo de la torre semicilíndrica y cilíndrica, como en la mayoría de las fortalezas cristianas de Occidente; en las musulmanas, las torres suelen tener planta rectangular o cuadrada.

La existencia de esta fortaleza edificada por cristianos en pleno Marruecos demuestra la complejidad del estudio, hasta ahora tan desdeñado, de la arquitectura militar.